

Los documentos que preceden están conformes en hablarnos del Yemen como del asiento de ciudades tan florecientes, al menos, cual las del antiguo Egipto, y de una civilización avanzada. Sus ruinas yacen hoy en el polvo, esperando un explorador, como tanto tiempo lo han esperado las de Nínive y Babilonia.

También nos revelan el lujo de las grandes ciudades del Yemen la antigüedad y extensión de sus relaciones comerciales, siendo efectivamente difícil citar un pueblo de la historia que haya tenido relaciones comerciales importantes y carecido al mismo tiempo de civilización. Ahora bien, las relaciones comerciales de los Arabes se extendían hasta los límites del mundo conocido, y debían durar desde una época muy remota cuando la Biblia ya habla de ellas: verdaderos almacenes comerciales del mundo, aquellas ciudades representaron durante 2,000 años el mismo papel que Venecia en la época de su esplendor.

En efecto, por medio de los Arabes tuvieron lugar durante toda la antigüedad clásica, las relaciones entre Europa y las comarcas lejanas de Asia; pues el comercio de los Arabes no sólo comprendía los objetos de la Arabia, sino también los que recibían del Africa y de las Indias orientales; y ese comercio se hacía particularmente en objetos de lujo, como marfil, aromas, perfumes, piedras preciosas, polvo de oro, esclavos, etc. Durante mucho tiempo se verificó por mediación de los Fenicios, cuya lengua era muy parecida á la de los Arabes. Entonces los productos que éstos traían se concentraban en las grandes ciudades de la Fenicia, como por ejemplo Tiro, de donde se los exportaba inmediatamente.

En el comercio de los productos de la India los Arabes no tenían más rivales que á los Babilonios, los cuales se hallaban en relaciones con aquel país por el camino terrestre ó por el golfo Pérsico; y de Babilonia las caravanas de mercancías llegaban á Siria, de donde partían para el resto del mundo. Estas caravanas encontraban en sus largos trayectos las importantes factorías de las ciudades de Heliópolis y Palmira; de las cuales el viajero admira hoy las ruinas imponentes, perdidas en el desierto; y después de Palmira llegaban á la gran ciudad de Damasco.

Con tales relaciones comerciales, continuadas tantos siglos, se concibe toda la importancia que en la antigüedad debieron tener las grandes ciudades de Arabia, particularmente las del

Yemen. Enriquecidas por un comercio secular, conocían todos los productos del lujo más refinado; y se comprende que los autores griegos, latinos y árabes hayan estado unánimes en alabar el maravilloso esplendor de tan vastas poblaciones.

Sin embargo, no brilló tan sólo en el Yemen la civilización de los Arabes antes de Mahoma; pues los detalles dejados por las antiguas crónicas acerca del reino de Hira y el de Ghassan demuestran hasta qué extremo los futuros discípulos del Profeta eran capaces de civilizarse.

Ya hemos hablado de esta ciudad de Hira, tan celebrada por los Arabes, y que rivalizaba en lujo con la capital de Persia y Constantinopla. El reino de Ghassan era tan importante como el de Hira; fué fundado poco después de J. C. por unos Arabes llegados del Yemen y duró quinientos años. Según los historiadores, llegó á poseer sesenta plazas fuertes; y los descubrimientos de la arqueología moderna han demostrado la grandeza de su civilización por la importancia de los monumentos cubiertos de inscripciones sabeas, y diferentes del estilo romano, que ha hallado cerca de su antigua capital Bosra, en las fronteras de Siria. También se han hallado aquí vestigios de canalización que demuestran la aptitud de sus habitantes para ejecutar trabajos de verdadero carácter gigantesco.

A pesar de esto, conviene recordar que como en los reinos de Hira y Ghassan los Arabes se hallaron en contacto con los Persas y Romanos, éstos debieron influir en su civilización. No pudo suceder lo mismo en el Yemen, cuyo desarrollo debió ser muy anterior al de los Romanos. Convendría pues sobre todo estudiar en este punto los vestigios de la antigua civilización árabe; y es sensible que la arqueología no haya explorado aún dicho país. Actualmente estamos tan mal informados acerca de las antiguas ciudades del Yemen como lo estábamos algunos años há de las de Asiria, sepultadas en las arenas del desierto; y más de una indicación nos permite asegurar que las investigaciones que lleguen á hacerse serán fértiles. Mr. Halevy, que há pocos años recorrió el Yemen, aunque sin poder hacer excavaciones, nos habla de los objetos de oro y plata que los Arabes descubren frecuentemente en las ruinas; y él mismo halló cerca de Haram, á corta distancia de Sana, unas estelas atestadas de antiguas inscripciones, y la puerta de entrada, en losas de arenisca, de un

templo sabeo cubierto de dibujos de plantas y animales. El señor Schlumberger pudo por su parte comprar recientemente en Constantinopla una colección de doscientas monedas de antiguos reyes del Yemen, algo anteriores á J. C., que había descubierto un árabe en Sana; y esas piezas, que antes eran de una rareza extraordinaria, puesto que sólo se conocían dos ó tres entre todos los museos de Europa, tienen particularidades muy curiosas. El tipo grabado en una cara representa á un personaje regio visto de perfil, con una diadema en la cabeza; y los cabellos, trenzados en madejitas, recuerdan exactamente el peinado de esos Hycsos, ó reyes Pastores, llegados de Arabia, que reinaron durante largo tiempo en Egipto, y de quienes Mr. Mariette ha descubierto las estatuas que hoy figuran en el museo de Bulaq. En la otra cara de la moneda está representado un mochuelo. Parece que el artista tomó por modelo las monedas griegas que entonces circulaban tanto en todos aquellos pueblos del Mediterráneo, con los cuales los Arabes estaban frecuentemente en relaciones comerciales.

Aunque muy insuficientes, las indicaciones arqueológicas que preceden completan de un modo útil los datos que hemos podido sacar de los antiguos autores, y nos permiten entrever en el pasado de la Arabia una civilización brillante, hoy olvidada, y que todavía nadie ha historiado. Pero de lo poco que de ella sabemos podemos deducir con certeza que no debe considerarse como horda de bárbaros á un pueblo que muchos siglos antes de que los Romanos aparecieran en el mundo, edificaba grandes ciudades y estaba en relaciones con las más importantes naciones del mundo.

IV

LAS ANTIGUAS RELIGIONES DE LA ARABIA

Antes de Mahoma las tribus árabes habían tenido mucha variedad de cultos, entre los cuales los más extendidos eran los del sol y de los principales astros; y como tomaron de los pueblos con los cuales comerciaban muchas de sus divinidades, su Panteón estaba tan poblado como el Olimpo greco-romano.

Unas inscripciones asirias, siete ú ocho siglos anteriores á J. C., y las de Safa, demuestran que en una época bien remota los Arabes eran politeístas y erigían estatuas á sus dioses. He aquí lo que dice una inscripción asiria contando

el regreso de Hassar-Haddón de una expedición á la Arabia desierta:

«El rey árabe X ha ido con copiosos presentes á Nínive, ciudad de mi dominio, y ha besado mis pies. Me ha pedido que le devolviese sus dioses, y he tenido lástima de él; he mandado restaurar las estatuas de los dioses; inscribir en ellos el elogio de Assur, mi señor, acompañado de mi firma, y se los he devuelto. He revestido de la dignidad de reina á Tabua, princesa árabe que había sido educada en mi palacio, y la he dejado regresar á su país con sus dioses.»

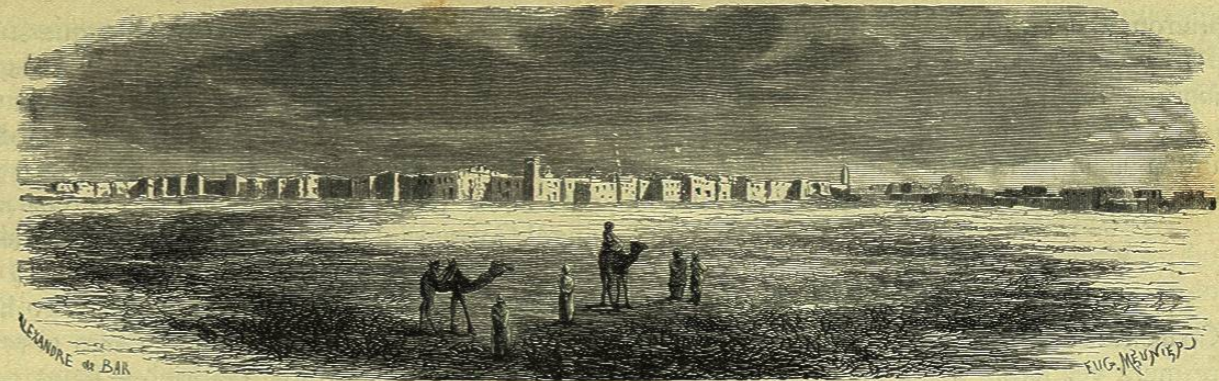
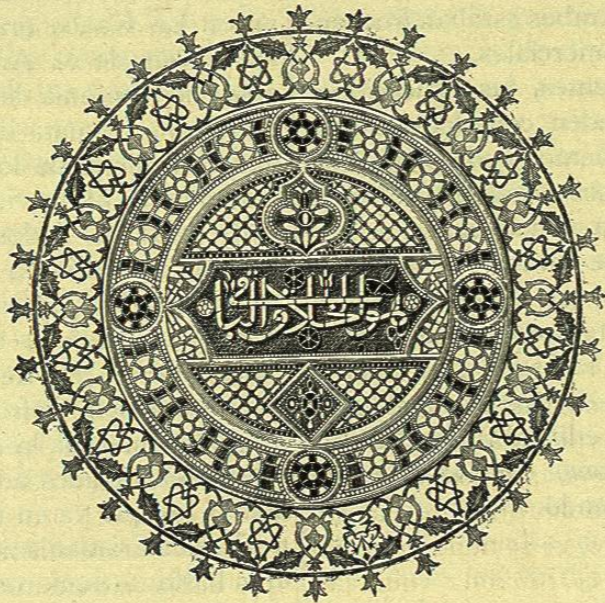
Sin embargo existían gérmenes de unidad entre aquella variedad de cultos de Arabia, y bastóle á Mahoma desarrollarlos para llevar á cabo la empresa de unificación que había acometido. Había en Arabia un templo llamado la Kaaba, fundado, al decir de la tradición árabe, por Abraham; y este templo era venerado de todos los pueblos de la península, los cuales iban á visitarlo en romería desde mucho tiempo antes. La Kaaba era el verdadero Panteón de los dioses de la Arabia; y cuando Mahoma apareció contenía las estatuas ó imágenes de trescientos sesenta dioses, entre los cuales, según testimonio de los autores árabes, particularmente de Haraivi, figuraban Jesucristo y la Virgen María. Todos los pueblos de la Arabia cifraban su gloria en adornar la Kaaba, siendo hasta para los judíos un sitio muy venerado. Estaba confiada la custodia del templo á los Arabes de la tribu de los Koreischitas, quienes por esta razón disfrutaban de una autoridad religiosa que toda la Arabia reconocía.

Muchos Arabes adoraban un solo Dios, sin contar los que ya en tiempo de Mahoma practicaban el Cristianismo ó el Judaísmo, los cuales eran bastante numerosos. Calificábanse aquellos de Hanyfes, título con que Mahoma se complacía en adornarse; y no sólo admitían un Dios único, lo cual es uno de los principios fundamentales del Corán, sino que enseñaban, lo cual es otro de los más esenciales principios del mismo libro, que el hombre debe someterse á la voluntad de Dios de un modo tan absoluto, como Abraham cuando se disponía á degollar á su hijo Isaac. No sin razón ha podido pues Mahoma decir en el Corán que había habido musulmanes antes de él.

Esa concentración de todos los dioses en la Kaaba de la Meca hacía posible la fusión de todos los cultos en uno solo; cuyo resultado lo facilitaba también el hecho de que todos los

adoradores de aquellos dioses hablaban la misma lengua. Había llegado el momento en que todos los Arabes podían unirse en una sola creencia. Así lo comprendió Mahoma, y esto le dió toda la fuerza que tuvo. Lejos de pensar en fundar un culto nuevo, según á veces se repite, se concretó á predicar que el único Dios verdadero era el del fundador de la Kaaba que toda la Arabia veneraba, es decir, el Dios de Abraham.

Cuando Mahoma apareció manifestábase por medio de señales numerosas una tendencia general á la unidad política y religiosa. El mismo movimiento que en otra época se había producido contra las divinidades paganas, en tiempo de los emperadores romanos, aparecía de igual modo en Arabia. Las antiguas creencias perdían su imperio, y los ídolos su prestigio, porque unas y otros eran demasiado viejos, y los dioses sobre todo no deben nunca envejecer.



LIBRO SEGUNDO

ORÍGENES DEL PODER DE LOS ÁRABES

CAPITULO PRIMERO

MAHOMA.—NACIMIENTO DEL IMPERIO ÁRABE

I

LA JUVENTUD DE MAHOMA

El 27 de agosto del año 570 de la era cristiana nació Mahoma en la Meca. Su padre Abdallah, fallecido dos meses antes de este suceso, fué hijo de uno de los pontífices del célebre templo de la Kaaba, y su madre Amina era hija de un jefe de tribu.

Como los Arabes se han complacido en acompañar de prodigios el nacimiento de su grande hombre, nos dicen que el mundo se conmovió con la aparición del futuro profeta; que el fuego sagrado se apagó en el país de los Magos; que los genios del mal cayeron precipitados de lo alto de las estrellas, y que catorce torres del palacio de Cosroes, «rey de los reyes,» se hundieron con estrépito para anunciar la próxima ruina del gigantesco imperio de los Persas.

Mahoma fué primero amamantado por su madre, y después, siguiendo una costumbre que todavía hoy no se ha extinguido, colocado en una tribu nómada del desierto, donde no permaneció más que hasta la edad de tres años, porque, según la tradición, asustados sus padres adoptivos de los prodigios que lo rodeaban, no quisieron tenerlo más tiempo á su lado.

Apenas salía de la primera infancia cuando su madre murió, dejándolo al cuidado de su abuelo Abd-el-Mottatib, que lo crió regaladamente.

Pero los genios bienhechores que debían proteger tanto á Mahoma, parecían complacer-

se en acumular sobre sus primeros años todas las desgracias que generalmente acaecen durante toda la vida, pues su abuelo murió dos años después de Amina, y recogido por un tío suyo, que era un comerciante que siempre viajaba, Mahoma no tuvo luego más protector que á sí mismo.

Cuenta la tradición que durante uno de sus viajes á Siria, el tío del futuro profeta se lo llevó consigo, y que Mahoma conoció entonces en un monasterio cristiano de Bosra á un fraile nestoriano que lo inició en el conocimiento del Antiguo Testamento.

A la edad de 20 años, poco más ó menos, Mahoma tomó parte en un combate que ocurrió entre los Koreischitas y otra tribu, asegurándose que reveló en él los talentos militares que debía manifestar más adelante.

Su reputación era excelente y su benevolencia y sinceridad le habían granjeado entre los Koreischitas el sobrenombre de Amín, es decir, fiel.

Unida sin duda esta reputación á las prendas físicas que poseía, le valieron á la edad de 25 años la simpatía de una rica viuda llamada Khadidja, que le encomendó sus negocios comerciales. Con esto tuvo que volver á Siria y pudo ver de nuevo al fraile que le había enseñado el Antiguo Testamento. Al regreso, casóse con la rica viuda, á pesar de tener ella 40 años y él tan sólo 25: esta fué su primera mujer, y no tomó otra mientras ella vivió.

Nada dice la crónica de los quince años que